

ROMANCES (III)

Daniel Serrano Vázquez

EL SOLDADO

Glorioso Antonio de Padua,
dame tu gracia y amparo,
para poder explicar
tu grandioso milagro.
Allá, en Larache,
había un soldado;
prisionero estaba
por ocho años.
La faena que le daban
el pobre no resistía,
en compañía de un toro
labraba todos los días.
De comer le daban
como un animal,
y dormía
dentro de un corral.
Como Dios lo trajo al mundo
iba el pobre soldado;
tenía por el sol
todo su cuerpo abrasado.
Llorando decía:
para qué habré nacido;
si mis padres vieran
lo que hacen conmigo.
Al final ha llegado el día
en que no puede trabajar;
en compañía del toro
ya no puede labrar.
El soldado, para escapar,
sale corriendo;
los moros iban detrás,
ya que lo quieren atrapar.
A un brazo de mar
el pobre llegó,
y viéndose perdido
a él se tiró.
Los moros se creían
que el soldado no se tiraría,
y en la orilla del mar
lo cogrían.
Al soldado las aguas
parece que lo llevaban;
las corrientes caudalosas
a él no le perjudicaban.
Cerca de Málaga
el pobre salió,
y encontró en su casa

a su madre, que le daban el
Señor.
A la madre le preguntan
que si a su hijo vería;
si eso fuera verdad
pronto buena me pondría.
En ese momento
el hijo entró,
dándole un abrazo
allí quedaron los dos.
Se puso buena enseguida
por alegría tan grande,
pues no hay mejor medicina
que un hijo para su madre.
Desde entonces todo lo que
habían sufrido
San Antonio se lo recompensó.

EL MILAGRO DE SAN ANTONIO

En Cádiz una mujer
viuda y con una hija,
joven de buen parecer.
Quince años tenía Rita;
devota del Santo era aquella
joven,
que lo llevaba en su pecho,
como corresponde.
Lo tenía en su dormitorio,
en una hurna metido,
le pedía a San Antonio
concededme lo que os pido.
Se que mi mamá,
muy de pensamiento
quiere comerciar de mí
y de mi cuerpo.
Al momento entra la madre.
Dice: ¿Que has pensado Rita?
Estamos pasando hambre,
siendo tú tan rebonica.
Hay un caballero
que me quiere dar,
cantidad de dinero
por tu honestidad.
Eres una mala madre,
Rita contesta llorosa.
Eres una mala madre.
¿Queréis venderme por dinero!
Que pierda mi honor

por cierto caballero.
La madre cerró la puerta,
solos quedaron los dos.
El caballero se asienta.
¡Yo no mancho vuestro honor!
Rita quedó vacilando,
recobrando nuevo aliento,
al ver la carica de santo
que tenía el caballero.
Pues dime quién sois.
Pues soy del cielo;
yo soy San Antonio,
dijo el caballero.
Supe como tu madre
quería vender tu honor;
yo paseaba por la calle,
me hizo señas, me llamó.
Encima de una mesa,
que hay junto al muro,
le puse a tu madre
cuatrocientos duros.
¡Me vendió como una esclava!
Conmigo podéis contar,
pero sacadme de casa,
de al lado de mi mamá.
Pues si sois soltera
y os queréis casar,
solamente San Antonio
lo podrá lograr,
el caballero contesta.
Si monja queréis entrar,
hablaré con la abadesa;
os pagaré la dote.
Será lo mejor,
monja seré siempre
gracias a tu amor.
Dime cómo y de qué modo,
me iré con vos en compañía.
Volviéndola una paloma,
la saca por la ventana,
al brincar el huerto,
al saltar la tapia,
al caer al suelo,
el santo la ampara.
Le dice: Levanta mujer,
que ya estás en salvación,
yo soy el de tu urna,
Antonio, el que te libró.
Se arrodilla a sus plantas,

le pide perdón,
 monja seré siempre,
 Antonio en tu amor.
 Su madre viendo al otro día,
 que su hija no salía,
 ni salía el caballero,
 cogió la llave y abrió el
 aposento.

Encima de un bufete
 había una carta,
 de donde sale un bicho,
 que se tira y la arrastra.
 Dice: Ven acá tirana;
 mala y de mal corazón,
 tu hija ya está salvada,
 ahora te devoro yo;
 cogió el cuerpo
 y la quebrantó.
 Este fue el milagro
 que San Antonio obró.
 Amen.

LA FUNDACIÓN DE CARAVACA

Sacratísimo Jesús
 dame tu gracia y contento,
 diré el aparecimiento
 de tu Santísima Cruz.
 Dentro de Madrona había
 un Rey moro e inhumano,
 el cual, por nombre tenía,
 Feaudey el tirano,
 que al cristiano perseguía.
 Los sarracenos salieron
 a correr tierra cristiana
 y entre tantos que prendieron,
 a un sacerdote encontraban
 y a palacio lo trajeron.
 Contento el Rey preguntaba
 por su oficio a cada cual,
 más el clérigo no contestaba,
 lleno de terror fatal.
 No estés triste le decía,
 por verte aquí, en mi presencia;
 dime que oficio ejercías,
 y el clérigo, con prudencia,
 así al Rey respondía:
 Gran Señor,
 mi oficio es estar con un Dios
 humanado,

lleno de amor divinal,
 que por mis manos consagrado,
 viene en la hostia a quedar.

Dice el Rey:
 Yo quiero ver
 ese tu oficio adorado.
 Contéstale:
 Es menester los ornamentos
 sagrados,
 para verlo ejercer.
 El Rey un pliego mandó
 a Cuenca, un pueblo cristiano,
 por los ornamentos mandó,
 los que trajo al puesto ufano,
 pero la cruz olvidó.
 El clérigo, revestido,
 viendo que la cruz faltaba,
 se quedó muy sorprendido,
 por lo que el Rey preguntaba,
 qué le había sucedido.
 Gran señor, la cruz me falta,
 que Jesús murió enclavado.
 ¡Oh que dicha tan alta,
 la de ser escuchado!
 Músicas solemnes y santas,
 de resplandores cercada,
 la Santa Cruz vio bajar
 y de ángeles acompañada.
 Ante un favor tan singular,
 muy suspenso el Rey quedaba,
 más, al ver dicha tanta,
 postrado y convertido exclamó:
 Oh Cruz Sacrosanta,
 en Vos creo y el perdón pido
 y el bautismo que me falta.
 Prosigue y no estés turbado
 porque claramente veo,
 esa Cruz en la que creo,
 que los ángeles la han bajado
 con gran música y trofeo.
 La misa se celebró
 y al Rey complació y agradó;
 el sacerdote lo bautizó
 y un sábado una vaca se corrió.
 A la Reina le dan cuenta,
 que el Rey se había bautizado
 y ella, con dolor sobrado,
 dijo: Cara vaca es ésta,
 que tan cara me ha costado.
 Dice el Rey: ¡Perra malvada!
 si a Dios desprecias así

mórate allá desterrada,
 yo me vengaré de ti
 y serás bien castigada.
 Allí Madrona quedó
 Caravaca intitulada,
 por el destierro que le dio
 la villa de
 Moratalla se llamó.
 Sagrada Cruz de madero,
 que de mayo el tercer día
 de todos sea adorado,
 haz que en este día
 tus devotos sean perdonados.
 Amen.

CRISTO DE ZALAMEA

Oh alto Dios consagrado,
 muchas gracias se te den,
 sea tu nombre alabado,
 bendito y glorificado,
 por siempre, sin fin, amén.
 En tierra de Extremadura,
 extremo de los extremos,
 hay una hermosa pintura,
 que es la mejor hechura,
 que se ha visto, ni veremos.
 Para salud y consuelo
 hay un lugar que se llama,
 así lo dice la fama,
 Zalamea, que es un cielo.
 Dentro de Zalamea había,
 una reliquia guardada,
 y de todos olvidada,
 que de ella caso no hacían;
 solamente el hospitalero,
 por devoción le tenía,
 una lámpara encendida,
 a ese Divino Cordero,
 hijo de Santa María.
 Un día, el hospitalero
 ha salido por el lugar,
 a buscar, y no encontró,
 aceite, ni quien le dio,
 para este Cristo alumbrar.
 La lámpara cierto día
 ardió sin echarle aceite
 y tanto aceite vertía,
 que a los pobres repartía
 y a toda la demás gente.
 Este aceite consagrado

sana a mancos y tullidos,
ciegos, cojos y quebrados
y siendo con él ungido
quedan tan regocijados.
Una mujer padecía
de un zaratán y se untó
con el aceite aquel día;
el zaratán se salió,
del pecho donde bebía.
Otra mujer ciega y manca,
coja, llena de mil males,
le ofreció con mano franca,
al Cristo, si sanaba,
un paño con diez reales,
y este Cristo la sanó
y fue a pagar lo que debía;
y cuando volvió a su casa
una vecina cercana
de esta manera decía:
De tus males vienes sana.
De mis males vengo sana,
pero la bolsa vacía.
Lo digo aquí,
que si el Cristo me curó,
no en balde me sanó,
que diez reales me costó
y el paño que le ofrecí.
Cuando se acostó en su cama
en la cabecera halló,
el paño con los diez reales
y ella perdón pidió.

Un matrimonio tenía un criado
que era un hereje.
El matrimonio no tenía hijos,
y le dijeron: Si cristiano
te vuelves
muy rico hemos de hacerte;
y el hereje no se convertía
y entonces el amo le metió,
un cuadro de San Antonio
en su habitación.
Una tarde que el hereje dormía
la siesta,
San Antonio le daba con los
cordones
tan recios cordonazos que lo
despertaba.
A los grandes lamentos
el amo viene y pregunta al
criado:

¿Qué te sucede?
Dice: Me daban tan recios cor-
donazos que despertaba.
Dice el amo: Mira con modo,
mira que son avisos de San
Antonio.
Y entonces dice él:
Pues a mí no me van a dar más
porrazos.
Agarra a San Antonio,
se lo lleva al prado,
hace un pozo y lo entierra.
Pero un pastor
que pasaba con su ganado,
notó que corderos y carneros
se arrodillaban, bailaban y ara-
ñaban.
El pastor les daba con el gallao
y el gallao saltaba diciendo:
Ves a darle cuenta al amo de
este portento.
Entonces se va a darle cuenta
al amo,
de que sus ovejas estaban arro-
dilladas
y que no querían levantarse.
El amo, el pastor y el hereje
los tres unidos se fueron al
campo.
Cuando los borregos vieron al
hereje,
se tiraron y se lo comían,
y desde entonces dice:
¡Ya creo en San Antonio!

Sacaron a San Antonio del
hoyo
y se lo llevaron y vivieron
felicés.

MILAGROS DE LA VIRGEN DEL CARMEN

Grandes milagros
hizo la Virgen del Carmen
dentro de la mar.
Si me escuchan
sus fieles cristianos,
el más prodigioso
lo voy a contar.
De la Habana salió un caballero
con su amada esposa

y una hija de tres años.
A la distancia de treinta leguas
del puerto de Cádiz,
se vino a formar
una grande y terrible borrasca,
que rompió los palos del timón
y la cargamenta que el barco
llevaba.
Se pusieron todos juntos a
rezar.
El marido dice a su esposa:
Vamos a hacer una caja de
corcho
y a meter a la niña,
por ver si la niña
se puede salvar.
Le pondremos dinero,
para que el que la encuentre
la pueda criar.
La echaron al mar,
y un anciano que estaba
pescando
la encontró
y la pudo pescar.
A su casa se fue con la pesca
y, al llegar, la niña
empezó a llorar.
Así estuvieron ocho años
y los ancianos no podían más.
Dijeron: Vamos a la corte,
que allí se sabrá
quienes son los padres de esta
niña,
y esta hermosa niña se les
entregará.
A los padres no les había
pasado na;
hicieron una hija de cera,
para hacerle una misa de cabo
de año,
y estando en la misa,
dice la madre:
¡Esa es nuestra hija!
¡Mira, su collar!
Se pusieron los viejos
delantico de la madre
()
se llevaron a los ancianos
a su casa para la eternidad.